

dum sobre la reforma política, esa que decía “habla, pueblo, habla...”. Como recuerdo a Suárez en la tele, y los adhesivos que repartían los partidos en la primera campaña electoral de junio de 1977, y el retorno del president Josep Tarradellas del exilio. También recuerdo la primera vez que pude ver directamente, en noviembre de 1976, como la policía repartía leña. Iba por la calle con un compañero de clase y, de pronto, vimos al personal correr delante de los grises. Teníamos nueve años.

Mis padres creían lo que decía Suárez y esperaban que no hubiera una nueva Guerra Civil. Mis maestros de la EGB no creían a Suárez y esperaban grandes cosas tras la muerte de Franco. Mis padres pensaron que aquello iba bastante bien y mis maestros se vieron aquejados, poco después, por ese síndrome que se llamó *el desencanto*. Yo, como era un niño, ni me encanté ni me desencanté. Miraba los payasos de la tele y el concurso *Un, dos, tres*, jugaba con los Madelman y tenía una camiseta del Barça con el dorsal 10, el de Sotil. En medio de los juegos y las meriendas, una palabra empezó a meterse en mi cerebro por aquellos días, un vocablo que me viene perforando sin descanso desde entonces: consenso.

Estoy seguro de que, en los cuerpos de las gentes de mi generación, hay más consenso que calcio o vitaminas. El consenso se impuso y consensuar fue el verbo estrella de los locutores de la tele de nuestra infancia. A veces, me despierto, en plena madrugada, y noto, con inquietud, que el consenso que hay en mi cuerpo sale a dar un paseo por su cuenta y me observa desde el techo y me vigila para que no haga nada fuera de lo previsto. Mi médico me ha dicho que tengo el consenso en un nivel normal y que, si me cuido y no cometo excesos, no hay peli-

gro de accidente histórico. Con todo, cada día que pasa me produce mayores y más agudas molestias. Cuando peor me siento es cuando mezclo el consenso que circula por mi sangre con algunas dosis de fábula oficial de la transición democrática. Por ejemplo, después de volver a ver algunos capítulos de la conocida serie documental de Victoria Prego, sufrí una intensa amnesia temporal y perdí el sentido de la orientación varios días.

El mito oficial de la transición democrática permanece intocable desde que se forjó a conciencia entre 1975 y 1982. Está tan blindado que puede resistir incluso disolventes tan corrosivos como las epopeyas lujosamente publicitadas de algún juez español que quiere hacer con ciertos dictadores latinoamericanos aquello que aquí no se hizo nunca ni

con Franco ni con los franquistas tras la muerte del tirano. El mito oficial de la transición democrática se ha prolongado durante treinta años y ahora es un traje que a mí –supongo que a otros también– me viene demasiado pequeño. Ese relato plano y sin memoria, que sirvió para que mis padres aterrizaran en la democracia sin tanto miedo, se ha convertido hoy en un cuento obsoleto que no tiene nada que ver con nuestro presente. Porque está hueco por dentro y porque se fabricó a partir de una premeditada y exagerada subordinación del pasado al futuro que facilitó toda suerte de imposturas. Así se igualaron opresores y oprimidos, se aceptó que se podía haber sido demócrata dentro del franquismo y, en justa correspondencia, se dio por descontado que el mero hecho de oponerse a Franco ya convertía a alguien en demócrata. Todo esto no lo muestra la amable serie televisiva *Cuéntame*; rompería el hechizo colectivo si se atreviera a hacerlo.

De hecho, la transición democrática fue una gigantesca impostura. La de los héroes de una oposición incapaz de evitar que Franco se muriera en la cama y la de los ex franquistas que deseaban seguir teniendo vida después del régimen. Esta fábula oficial tiene una moraleja según la cual nos reconciamos a través de la Constitución de 1978. Es pensamiento mágico creer que la reconciliación pueda venir automáticamente por la redacción de unas nuevas reglas de juego. Lo cierto es que nadie asumió responsabilidades de ningún tipo, ni nadie pidió perdón por nada, ni tan sólo hubo nada parecido a una Comisión de la Verdad. Las biografías de los totalitarios (franquistas y antifranquistas) fueron limpiadas de basura y las víctimas de Franco fueron ignoradas, porque lo único importante era mirar al futuro. Acep-

temos que todo eso sirvió en aquel momento para salir de la dictadura, pero hoy constatamos la obsolescencia de dicho libreto.

¿Podemos los que éramos niños a la muerte de Franco reescribir hoy sin censuras la historia oficial y también las historias irreverentes de la transición? Podemos y debemos, para no ser prisioneros de aquella excepcionalidad trufada de temores, amenazas, silencios, tuteladas, chantajes, ignorancias y tristezas. No podemos estar pensando eternamente en las antiguas violencias para seguir reeditando una ficción cada vez más amarillenta. Una ciudadanía madura no puede vivir del mito precario prestado por los viejos políticos que guiaron a nuestros padres. Los líderes de antaño se van jubilando, aunque Alfonso Gue-

## Los que éramos niños a la muerte de Franco podemos y debemos reescribir sin censuras la historia oficial

rra, por ejemplo, cual reliquia con prórroga, siga tratando de condicionar el futuro colectivo. Olvidemos ya las versiones fáciles. Ni la versión que explica la transición como un plan perfectamente previsto en la mente de cuatro preclaros hombres de Estado ni la que divulga la transición como fruto final de un estado insurreccional movido por la gloriosa oposición.

Nos merecemos otras palabras y otra sintaxis para contar sin trampas los trueques de la transición. Algo que sirva para revelar y no para esconder, para comprender y no para disimular. Algo que nos haga, finalmente, ciudadanos adultos. |

**Francesc-Marc Àlvaro** (Vilanova i la Geltrú, 1967) es columnista de 'La Vanguardia' y profesor de la Universitat Ramon Llull, acaba de publicar 'Els assassins de Franco' (L'Esfera dels Llibres), ensayo sobre la transición democrática

## Entre el dictador y yo

¿Cuál fue la primera vez que oíste hablar de Franco? Una sola pregunta motiva el documental 'Entre el dictador y yo', cuyas imágenes ilustran estas páginas. Seis realizadores nacidos en democracia inician un viaje de búsqueda: un ejercicio fílmico contra el olvido. Pero, ¿cómo representar un recuerdo de un tiempo no vivido? Si no puede ser retorno, habrá sido puro acto de creación. Reconstruir una memoria partiendo de lo que nos han contado. Y surgen de la caja de Pandora olvidos, indiferencias y temores en forma de preguntas que retornan. **EVA VILA** ([www.entreeldictadoryyo.com](http://www.entreeldictadoryyo.com))

